

todas las ciudades de Francia recobraron valor, armáronse, resistían á los municipios, se rebelaban contra su policía inquisitorial, sostenían á la derecha de la Convención, y reclamaban con ella el orden, la paz y el respeto á las personas y propiedades. Los Ayuntamientos y los clubs jacobinos pedían por el contrario nuevas medidas de policía y la institución de tribunales revolucionarios en los departamentos. En ciertas ciudades se estaba á punto de llegar á las manos por estas disputas; pero las secciones eran tan fuertes por el número, que dominaban la energía de los municipios. Los diputados montañeses, enviados para activar el alistamiento y reanimar el celo revolucionario, se intimidaron ante esta resistencia, y comunicaron á París sus alarmas.

Tal era la situación de casi toda la Francia, y su modo de estar dividida. La lucha parecía más ó menos empeñada, y los partidos más ó menos amenazadores, según la posición y los riesgos de cada ciudad. Allí donde los peligros de la revolución ofrecían un carácter más grave, los jacobinos se inclinaban más á emplear medios violentos, y de consiguiente estaba más dispuesta á resistir la clase moderada; pero lo que exasperaba sobre todo las pasiones revolucionarias era el peligro de las traiciones interiores, más aún que el de la guerra con el extranjero. Así se explica que en la frontera del Norte, amenazada por los ejércitos enemigos, y poco trabajada por la intriga, reinaba bastante acuerdo; los ánimos ansiaban la defensa común, y los comisionados que fueron desde Lila á Lyon presentaron á la Asamblea informes bastante satisfactorios; pero en esta última ciudad, donde los secretos manejos concurrían con su posición geográfica y militar para que el peligro fuera mayor, se produjeron trastornos tan terribles como los de París. Por su posición al Este y su inmediación al Piemonte fijáronse sobre todo en Lyon las miradas de los contrarrevolucionarios. La primera emigración de Turín quiso efectuar allí un movimiento en 1790, y hasta enviar un príncipe francés. Mirabeau proyectó también uno á su manera, y desde que la gran emigración se había trasladado á Coblenza, dejóse en Suiza un agente para corresponderse con Lyon, y desde aquí con el campamento de Jalles y los fanáticos del Mediodía.

Estos manejos produjeron una reacción jacobina, y los realistas dieron vida en Lyon á los montañeses, que formaban un club llamado *central*, del cual eran socios los enviados de todos los clubs de los barrios. Á su cabeza figuraba un piemontés, á quien una inquietud natural había impulsado á viajar de país en país hasta que por fin se fijó en Lyon, dondè por su ardimiento revolucionario fué nombrado sucesivamente oficial del municipio y presidente del tribunal civil. Llamábase *Chalier*, y usaba en el *club central* un lenguaje que le hubiera valido de parte de Marat la acusación de trastornador y de estar pagado por el extranjero, si hubiese llegado á oírle en los jacobinos de París. Además de este club, contaban los montañeses de Lyon con todo el Ayuntamiento, excepto el corregidor Niviere, amigo y discípulo de Roland, y jefe del partido girondino de aquella ciudad. Cansado de tantos trastornos, Niviere dimitió su cargo, lo mismo que Petión, y así como él, fué reelegido por las secciones, más poderosas y enérgicas en Lyon que en el resto de Francia. De once mil votantes, nueve mil obligaron á Niviere á en-

cargarse otra vez del corregimiento; pero volvió á dimitir y entonces consiguió la municipalidad montañesa completarse, nombrando un corregidor de su elección. Con este motivo se llegó á las manos; la juventud de las secciones expulsó á Chalier del *club central* y destruyó el salón donde exhalaba su fanatismo. Intimidado el departamento, mandó llamar á los comisarios de la Convención, que al pronunciarse primero contra las secciones, y después contra los excesos del Ayuntamiento, desagradaron á todos los partidos, dando lugar á que los jacobinos les denunciaran y los mandaran volver á la Asamblea. Habíanse limitado á recomponer el *club central*, afiliándole á los jacobinos; y conservando su energía, expulsaron algunos individuos que le desacreditaban. En el mes de mayo llegó la irritación á su colmo; por una parte, el Ayuntamiento, compuesto sólo de jacobinos, y el *club central*, presidido por Chalier, pedían para Lyon un tribunal revolucionario, paseando por las plazas públicas una guillotina enviada de París, la cual exponían á las miradas de todos para intimidar á los *traidores*, los aristócratas, etc.; y por la otra las secciones armadas estaban dispuestas á reprimir á la municipalidad, impidiendo el establecimiento del sanguinario tribunal, que no pudieron evitar en París los girondinos. En este estado de cosas, los agentes secretos del realismo, diseminados en Lyon, esperaban el momento favorable para aprovecharse de la indignación de los habitantes, próxima á estallar.

En todo el resto del Mediodía, hasta Marsella, predominaba casi por igual el espíritu republicano templado, y los girondinos merecían el afecto de todo el país. Marsella, que envidiaba la supremacía de París, estaba irritada por los ultrajes inferidos á su querido diputado Barbaroux, y muy dispuesta á levantarse contra la Convención si se atacaba á la representación nacional. Aunque rica, su situación no era favorable para los contrarrevolucionarios del exterior, porque no tocaba sino con Italia, donde no se intentaba cosa alguna, y su puerto no interesaba tampoco á los ingleses como el de Tolón. Los ocultos manejos no habían irritado, pues, tanto los ánimos como en Lyon y París, y la municipalidad, débil y amenazada, hallábase próxima á ser destituida por las poderosas secciones. El diputado Moise-Bayle, bastante mal recibido, encontró allí mucho entusiasmo para el alistamiento, pero también profundo afecto á la Gironda.

Á partir del Ródano, y desde el Este al Oeste hasta las orillas del Océano, cincuenta ó sesenta departamentos manifestaban las mismas disposiciones; y en Burdeos, por último, la unanimidad era completa. Allí, las secciones, la municipalidad, el club principal, todo el mundo, en fin, estaba de acuerdo para combatir la violencia montañesa, y sostener á la gloriosa diputación de la Gironda, de la que estaban tan orgullosos por haberla dado el ser. El partido contrario no había hallado asilo sino en una sola sección, y en todas partes carecía de influencia y estaba condenado al silencio. Burdeos no pedía tasa, ni comestibles, ni tribunal revolucionario, y preparaba á la vez peticiones contra el Ayuntamiento de París y batallones para el servicio de la república.

Pero á lo largo de las costas del Océano, desde la Gironda al Loira, y desde éste á las desembocaduras

del Sena, predominaban opiniones muy distintas, que ofrecían peligros mucho mayores. La implacable Montaña no encontraba allí sólo por obstáculo el republicanismo clemente y generoso de los girondinos, sino el realismo constitucional del año 89, que rechazaba á la república como ilegal, y el fanatismo de los tiempos feudales, que se había armado contra la revolución del 93 lo mismo que contra la del 89, y que no reconocía sino la autoridad temporal de los señores y la espiritual de las iglesias.

En Normandía, y particularmente en Rouen, que era la principal ciudad, había inspirado mucho afecto Luis XVI, y la Constitución de 1790 satisfizo todos los deseos de los que ambicionaban la libertad y el trono. Desde la abolición de la monarquía y de la Constitución de 1790, es decir, desde el 10 de agosto, reinaba un silencio lúgubre y amenazador. La Bretaña ofrecía disposiciones aún más hostiles, y el pueblo estaba dominado por la influencia de los sacerdotes y de los señores. Más cerca de las orillas del Loira este afecto llegaba hasta la insurrección, y por último, en la orilla izquierda de este río, Bocage, Loroux y la Vendée se habían sublevado completamente, sosteniendo la campaña ejércitos de diez mil y veinte mil hombres.

Aquí es oportuno dar á conocer ese país singular, habitado por un pueblo tan tenaz, tan heroico, tan desgraciado y fatal para la Francia, que estuvo á punto de perderla á consecuencia de un funesto ataque, y cuyos males agravó al irritar hasta el último extremo el furor de la dictadura revolucionaria.

En las dos orillas del Loira, este pueblo conservaba mucha inclinación á su antigua manera de ser, y un particular afecto á sus sacerdotes y su culto. Cuando á consecuencia de la Constitución civil se introdujo la división entre los individuos del clero, declaróse un verdadero cisma; los sacerdotes que rehusaban someterse á la nueva circunscripción de las iglesias, y prestar juramento, fueron preferidos por el pueblo; y cuando, desposeídos de sus curatos, se vieron en la precisión de retirarse, siguiéronles los campesinos á los bosques, considerándose perseguidos ellos á la vez que el culto. Organizándose en pequeñas partidas, persiguieron á los sacerdotes constitucionales como intrusos, cometiendo los más graves excesos con cuantos caían en su poder. En Bretaña y en los alrededores de Rennes hubo motines más generales é imponentes, originados á causa de la carestía de las subsistencias y la amenaza de aniquilar el culto, contenida en estas palabras de Cambón. *Los que quieran misa que la paguen*. Sin embargo, el gobierno había logrado atajar estos movimientos parciales en la orilla derecha del Loira, y sólo debía temer su comunicación con la izquierda, donde se había organizado la gran insurrección.

En esta orilla izquierda, en el Anjou y en el alto y bajo Poitou, era donde había estallado particularmente la célebre guerra de la Vendée, á causa sin duda de que en estos puntos de Francia no se había dejado sentir aún la influencia de la época ni se habían variado las antiguas costumbres. El sistema feudal revestía allí un carácter de patriarcal soberanía, y la revolución, lejos de producir en este país una reforma útil, ofendió las costumbres más pacíficas, siendo recibida por lo tanto como una persecución.

El Bocage y el Marais constituyen un país singular, que es preciso describir para que se conozcan sus costumbres y la especie de sociedad que allí existía. Al salir de Nantes y Saumur, dirigiéndose desde el Loira hasta Sables de Olonne, Luzón, Fontenay y Niot, se halla un terreno desigual, quebrado y atravesado por multitud de sotos que sirven de barrera á cada campo, y que han dado á este país el nombre de *Bocage* (Soto). Al aproximarse al mar, desciende el terreno hasta terminar en salobres pantanos, cortados por una infinidad de cauces que imposibilitan casi el acceso, por lo que se llama *Marais* (Pantano). Los únicos productos que en este país abundan son los pastos, y por consiguiente los ganados, pues los habitantes sólo cultivan la cantidad de trigo necesaria para su consumo, sirviéndose del producto de sus rebaños como medio de cambio. Sabido es que no hay gente más sencilla que la que vive de este género de industria. Pocas grandes ciudades se han fundado en estos países, encontrándose sólo en ellos pueblos de dos á tres mil almas.

Entre los dos caminos que conducen, el uno de Tours á Poitiers, y el otro de Nantes á la Rochela, se extiende un espacio de treinta leguas de ancho, donde á la sazón no había más que sendas, que conducían á los distintos pueblos y aldeas. Las tierras estaban divididas en multitud de caseríos de quinientos ó seiscientos francos de renta, confiados cada uno á una sola familia, que compartía con el dueño del terreno el producto de los ganados. Por este sistema de arriendo, tenían que tratar los señores con todas las familias, estando con ellas en fáciles y continuas relaciones; y la vida que pasaban los primeros en sus castillos era la más sencilla, dedicándose á la caza por la abundancia con que se hallaba, y haciéndola en unión de los campesinos, celebrándose unos y otros su destreza y su valor. Los sacerdotes, que observaban una completa pureza de costumbres, ejércían allí un ministerio paternal, pues las riquezas no habían corrompido su carácter ni provocado la crítica contra ellos. Se sufría la autoridad del señor y se creía en las palabras del cura, porque ni en los primeros había opresión, ni escándalo en los segundos. Hay para la humanidad, antes de lanzarse en la senda de la civilización, una época de sencillez, de ignorancia y de virtud, en la cual se querría tenerla siempre, si su destino no fuese el de andar sobre los abrojos del mal, luego que camina á cualquier género de perfección.

Cuando la revolución, tan benéfica en otras partes, llegó á este país con su nivel de hierro, causó una conmoción profunda; hubiera convenido que se hubiese modificado en él, pero esto no era posible, porque los que la han acusado de no acomodarse á los lugares y de variar como ellos, no han comprendido la imposibilidad de las excepciones, ni la necesidad de una regla uniforme y general en las grandes reformas sociales. En medio de estas campañas, casi nada se sabía de la revolución, sino lo que había enseñado al pueblo el descontento de los señores y de los curas. Aunque se abolieron los derechos feudales, no dejaron de pagarlos; fué preciso reunirse y nombrar corregidor, y se suplicó á los señores tomasen este cargo; pero cuando la destitución de los sacerdotes no juramentados privó á aquellos habitantes de los curas, en quienes tenían toda su confianza, se irritaron sobremanera, y como en la Bretaña,



atravesaban los bosques, yendo á grandes distancias para asistir á las ceremonias del culto que era á sus ojos el único verdadero. Desde entonces se apoderó de los ánimos un odio violento, y los curas no omitieron nada para exacerbarle. La jornada del 10 de agosto llevó á sus tierras algunos nobles del Poitou, y la del 21 de enero acabó de colmar su indignación que comunicaron á sus vecinos. Sin embargo, no conspiraron como se ha creído; pero las inclinaciones conocidas del país infundieron, á hombres que eran en él extraños, planes de conspiración. Una se tramó en Bretaña, pero ninguna en el Bocage, y como no había plan concertado, dejaban que les atropellasen. Por fin la quinta de los trescientos mil hombres produjo en el mes de marzo la insurrección general; pues aunque á los habitantes del bajo Poitou nada les importaba lo que se hacía en Francia, la dispersión de su clero y la precisión de ir al ejército los exasperó sobremanera. En el antiguo régimen, el contingente del país se cubría con aquellos á quienes su natural inquieto les obligaba á dejar el suelo nativo; pero hoy la ley comprendía á todos, cualesquiera que fuesen sus inclinaciones personales. Forzados á tomar las armas, quisieron mejor batirse contra la república que en favor de ella, y casi al mismo tiempo, es decir, á principios de marzo, el sorteo fué lo que produjo una sublevación en el alto Bocage y en el Marais. Debía verificarse éste el 10 de marzo en Saint-Florent, cerca de Ancenis en Anjou; pero los mozos se opusieron, y queriendo la guardia obligarlos y haciendo el comandante militar disparar un cañonazo contra ellos, se arrojaron con sus palos, apoderándose del cañón, desarmaron á la guardia y se admiraron, sin embargo, de su temeridad. Un carretero llamado Cathelineau, hombre de suposición en los campos, muy valiente y muy persuasivo, abandonó su casa al oír esta noticia, corrió á unirse á los amotinados, los organizó y animó, dando cierta consistencia á la sublevación y sabiendo sostenerla. El mismo día quiso atacar un puesto republicano guarnecido por ochenta hombres; los paisanos le siguieron con sus palos y escopetas, y hecha la primera descarga, de la que no erraron un tiro, porque eran buenos prácticos, se arrojaron sobre ellos, los desarmaron y se hicieron dueños de la posición. Al día siguiente Cathelineau se dirigió á Chemille, y también se apoderó de él, á pesar de que lo defendían doscientos republicanos con tres piezas de artillería. Un guardabosque de la casa de Maulevrier, llamado Stofflet, y un mozo de la aldea de Chanzeau habían juntado también una partida de paisanos, y fueron á unirse á Cathelineau, que se atrevió á concebir el proyecto de atacar á Chollet, el pueblo más considerable del país, cabeza de distrito y guardado por quinientos republicanos. Su modo de combatir fué el mismo: ocultándose detrás de los vallados y quebradas, cercaron el batallón enemigo y se pusieron á escopetear á su salvo sin perder un tiro; después de haber desordenado á los republicanos con su terrible fuego, se aprovecharon del primer momento de confusión para lanzarse á ellos dando desaforados gritos, con lo que deshicieron sus filas, los dispersaron y acabaron con ellos á fuerza de palos. Tal fué luego toda su táctica militar; la naturaleza se la había indicado y era la más acomodada al país, pues las tropas que entraban en acción con ellos, colocadas en línea y des-

cubiertas, recibían un fuego al que no podían contestar, porque ni les era posible jugar la artillería ni acometer á la bayoneta á unos enemigos dispersos. En semejante situación, si no estaban diestros en la guerra, tenían que sucumbir á un fuego tan graneado y certero que no admitía comparación con el de las tropas de línea. Cuando veían sobre sí aquella furiosa nube que les espantaba con sus truenos, no les era fácil dejar de intimidarse ni de desordenarse, y entonces estaban perdidos, porque la fuga, tan fácil para aquellos naturales, era imposible para la tropa de línea. Hubieran, pues, convenido soldados muy intrépidos y experimentados para luchar con tantas desventajas, y los que se enviaron al principio contra los rebeldes eran guardias nacionales recién alistados, sacados de los pueblos, casi todos republicanos, y que iban por vez primera á combatir, guiados tan sólo de su celo.

Victoriosa la tropa de Cathelineau, entró, pues, en Chollet, se apoderó de todas las armas que había, y de los cartuchos de cañón hicieron otros para sus fusiles; así era como los vendeanos se proporcionaban siempre municiones; pero sus derrotas nada producían al enemigo, porque no tenían más que una escopeta ó un palo que llevaban á todas partes, al paso que ellos sacaban de cada victoria un material de guerra considerable. Los sublevados, victoriosos, celebraron sus triunfos con el dinero que hallaron, y en seguida quemaron todos los papeles de las administraciones, pues en ellos veían un instrumento de opresión; hecho esto, se volvieron á sus pueblos y alquerías, que procuraban no abandonar nunca por mucho tiempo.

En el Marais y en el departamento de la Vendée había estallado otra sublevación más general; en Machecoul y en Challans, el aislamiento fué motivo de un levantamiento general. Un tal Gastón, de oficio peluquero, mató á un oficial, se vistió su uniforme, y poniéndose á la cabeza de los descontentos, apoderóse primero de Challans y después de Machecoul, donde su gente quemó todos los papeles de las administraciones y cometió asesinatos de que el Bocage no había dado ejemplo. Trescientos republicanos fueron fusilados por pelotones de veinte á treinta; los insurrectos les hacían confesar primeramente, y conducíanlos después al borde de un barranco, donde eran pasados por las armas, para no tener necesidad de enterrarlos. Nantes envió al punto algunos centenares de hombres á San Filiberto; pero al saber que había movimiento en Savenay, llamó á sus tropas al momento, y los insurgentes de Machecoul quedaron dueños del país conquistado.

En el departamento de la Vendée, es decir, hacia el Mediodía del teatro de esta guerra, la insurrección adquirió aún más consistencia.

Los guardias nacionales de Fontenay, que habían salido para marchar sobre Chantonay, fueron rechazados y batidos y esta última ciudad saqueada. El general Verteuil, que mandaba la undécima división militar, destacó, al recibir esta noticia, al general Marcé con mil doscientos hombres, parte de ellos de las tropas de línea y los demás guardias nacionales. Habiendo encontrado á los rebeldes en Saint-Vincent, consiguieron rechazarlos. El general Marcé tuvo tiempo de agregar aún á su reducido ejército mil doscientos hombres, con nueve piezas de artillería; púsose en marcha contra

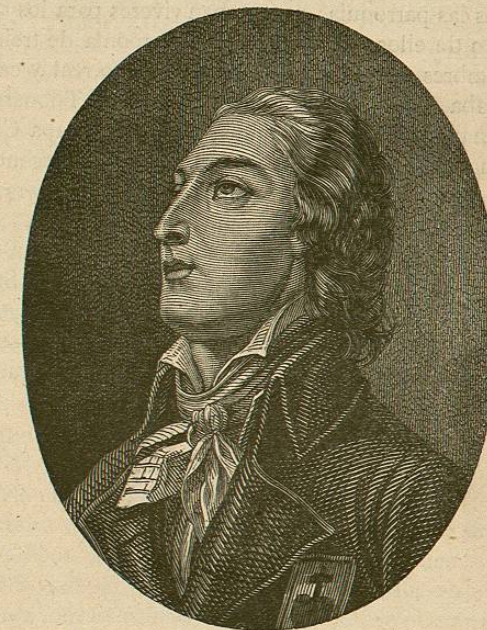
Saint-Fulgent, y como encontrase de nuevo á los vendeanos en el fondo de una cañada, detúvose para reparar un puente que habían destruido. A eso de las cuatro de la tarde del 18 de marzo, los insurrectos, tomando la iniciativa, atacaron denodadamente á las tropas, y aprovechándose de las ventajas del terreno, comenzaron el tiroteo con su acostumbrada destreza; después cercaron poco á poco al ejército republicano, intimidado por aquel fuego mortífero y reducido á la impotencia por no poder atacar á un enemigo oculto en todos los repliegues del terreno y al fin cayeron sobre las tropas, introdujeron el desorden en sus filas, y apoderáronse de la artillería, de las municiones y de las armas, que los soldados arrojaban para huir con más ligereza.

Estos triunfos, más señalados en el departamento de la Vendée propiamente dicho, valieron á los insurgentes el nombre de *vendeanos* que conservaron después, aunque la guerra fué mucho más activa fuera de la Vendée. A consecuencia de los excesos cometidos en el Marais, se les llamó *salteadores*, aunque los más no merecían este título. La insurrección se extendía en el Marais desde los alrededores de Nantes hasta Sables de Olonne, y en el Anjou y Poitou hasta las cercanías de Vihiers y Parthenay. La causa de los triunfos de los vendeanos estaba en el país, en su configuración, en su destreza y valor para aprovecharse de estas ventajas naturales, y por último, en la inexperiencia é imprudente ardor de las tropas republicanas, que formadas á la ligera, iban á atacarlas precipitadamente, proporcionándoles así victorias, y lo que es consiguiente, municiones, confianza y denuevo.

Las fiestas de Pascua habían atraído á sus casas á todos los sublevados, de donde no querían separarse por mucho tiempo. La guerra era para ellos una especie de cacería de algunos días; no llevaban más víveres que el pan necesario, y regresaban después á entusiasmarse á los vecinos con sus relatos. Habíanse dado cita para el mes de abril, y entonces fué la insurrección general, extendiéndose por todo el país. El teatro de la guerra podía reducirse á una línea que, partiendo de Nantes, pasara por Pornic, la isla de Noirmoutiers, Sables de Olonne, Luzón, Fontenay, Niort y Parthenay, volviendo por Airvault, Thouars, Doué y Saint-Florent hasta el Loira. Habían comenzado la insurrección algunos hombres que no eran superiores á los campesinos que mandaban sino por sus cualidades naturales; pero después la continuaron otros de alta jerarquía, pues los campesinos fueron á los castillos para obligar á los nobles á que se pusiesen á su cabeza. Todo el Marais quiso ser mandado por Charette, hijo de una familia de armadores de Nantes. Había servido en la marina, donde alcanzó el grado de teniente de navío, y hecha la paz, retiróse á un castillo perteneciente á un tío suyo, donde pasaba la vida cazando. De complexión débil y delicada, parecía poco á propósito para sufrir las fatigas de la guerra; pero su género de vida en los bosques, donde pasaba meses enteros durmiendo en tierra con los cazadores, le robusteció mucho, permitiéndole estudiar perfectamente la topografía del país, y siendo conocido de todos los campesinos por su destreza y su valor. Al principio vaciló en aceptar el mando, haciendo comprender á los insurgentes los peligros de la empresa; pero al fin accedió á sus instancias, y al permitirles

cometer todos los excesos, los comprometió y sometió irrevocablemente á su servicio. Hábil, sagaz, de carácter duro y de una tenacidad indomable, llegó á ser el más terrible de los jefes vendeanos. Todo el Marais le obedecía, y con quince ó veinte mil hombres osaba amenazar á Sables de Olonne y Nantes. Apenas tuvo reunida á toda su gente, apoderóse de la importante isla de Noirmoutiers, la cual podía convertir en plaza de guerra y punto de comunicación con los ingleses.

En el Bocage los campesinos se dirigieron á los señores de Bonchamps, Elbée y Larochejacquelein, y los hicieron salir de sus castillos para ponerse á su cabeza. Mr. de Bonchamps había servido en otro tiempo á las



De Lescure

órdenes de Mr. de Suffrén, llegando á ser un hábil oficial, y á su gran intrepidez reunía un carácter tan noble como elevado: mandaba á todos los sublevados del Anjou y de las orillas del Loira. Como Mr. Elbée había servido también, además de su excesiva devoción distinguíase por su carácter obstinado y una gran práctica en este género de guerra. Era en aquel instante el jefe más acreditado de aquella parte del Bocage, y mandaba en las parroquias inmediatas á Chollet y Beaupreau. Cathelineau y Stofflet conservaron su mando, debido á la confianza que habían inspirado, y se reunieron á MM. Bonchamps y Elbée para marchar contra Bressuire, donde se hallaba el general Quétineau. Esté último había mandado detener en el castillo de Clissón á la familia de Lescure por sospechas de conspiración y conservábala prisionera en Bressuire. Enrique de Larochejacquelein, joven caballero, alistado en otro tiempo en la guardia del rey, y que entonces vivía retirado en el Bocage, se hallaba en Clissón, en casa de su primo Lescure; y habiéndose evadido, sublevó á los de Aubiers, lugar de su nacimiento, y á todas las parroquias de los alrededores de Chatillón. Uniéndose después á los otros jefes, obligó con ellos al general Quétineau á salir de Bressuire, quedando así libre Mr. de Lescure con toda su familia. Era éste un joven de la edad de Enrique



Larochejacquelein; sereno, prudente, de un valor frío, pero indomable, reunía á estas cualidades un extraordinario amor á la justicia. Enrique, su primo, se distinguía por su heroica bravura, á veces arrebatada, y tenía un carácter tan ardiente como generoso. Mr. de Lescure se puso entonces á la cabeza de sus campesinos, que se reunieron muy pronto, concentrándose después en Bressuire para marchar contra Thouars. Las mujeres de todos los jefes distribuían escarapelas y banderas; exaltábanse todos con sus cánticos, y la marcha pareció una cruzada. Aquel ejército no llevaba consigo bagajes; los sublevados, que no querían estar mucho tiempo ausentes, tomaban sólo el pan preciso para los días que durase la expedición, y en los casos extraordinarios, advertidas las parroquias, preparaban víveres para los que carecían de ellos. Este ejército se componía de treinta mil hombres, y se le llamó grande ejército real y católico: daba frente á Angers, Saumur, Doué, Thouars y Parthenay; entre él y el Marais, donde mandaba Charrette, había varias partidas intermedias de insurgentes; la principal de ellas, á las órdenes de Mr. de Royrand, podía ascender á diez ó doce mil hombres.

Las numerosas fuerzas mandadas por MM. de Bonchamps, Elbée, Larochejacquelein, Cathelineau y Stofflet, llegaron á la vista de Thouars el día 3 de mayo, y preparáronse al ataque desde la mañana del 4, siendo preciso atravesar el Thoué, que rodea aquella ciudad

casi por todas partes. El general Quetineau mandó defender los pasos; los vendeanos cañearon durante algún tiempo con la artillería que habían cogido, comenzando después el tiroteo en la orilla con su acostumbrada destreza. Mr. de Lescure, queriendo entonces forzar el paso, avanza en medio de las balas, que han agujereado ya su traje, sin que se atreva á seguirle sino un campesino; pero Larochejacquelein llega presuroso con los suyos, se cruza el puente, y los republicanos son rechazados hasta la plaza. Era preciso practicar una brecha; pero como se carecía de los útiles necesarios, Enrique de Larochejacquelein se encarama en los muros de sus soldados, y comienza á escalar el muro.

Mr. Elbée ataca entretanto vigorosamente, y no pudiendo ya resistir más el general Quetineau, consiente en rendirse para evitar desgracias en la ciudad. Merced á sus jefes, los vendeanos se condujeron con moderación sin cometer exceso alguno contra los habitantes, limitándose á quemar el árbol de la libertad y los papeles de las administraciones. El generoso Lescure dispensó á Quetineau las mismas consideraciones de que había sido objeto durante su detención en Bressuire, é invitó á permanecer en el ejército vendeano, para substraerle á las severidades del gobierno, que no teniendo en cuenta la imposibilidad de la resistencia, le castigaría por haberse rendido. El general rehusó generosamente y quiso volver con los republicanos para pedir que le juzgasen.

## CAPITULO IX

Formación de un ejército parisiense de doce mil hombres. — Empréstito forzoso. — Nuevas medidas revolucionarias contra los sospechosos. — Eferescencia creciente de los jacobinos á consecuencia de los disturbios de los departamentos. — Custine es nombrado general en jefe del ejército del Norte. — Acusaciones y amenazas de los jacobinos. — Lucha violenta entre ambos lados de la Convención. — Se forma una comisión de doce individuos para examinar los actos del Ayuntamiento. — Asamblea revolucionaria en el corregimiento. — Proposiciones y complots contra la mayoría de la Convención y contra la vida de los diputados girondinos; iguales proyectos en el club de los franciscanos. — La Convención adopta medidas para su seguridad. — Arresto de Hebert, sustituto del síndico del Ayuntamiento. — Peticiones imperiosas de este último. — Tumulto y escenas de desorden en todas las secciones. — Principales acontecimientos en los días 28, 29 y 30 de mayo de 1793. — Ultima lucha de los montañeses contra los girondinos. — Jornadas del 31 de mayo y 2 de junio. — Detalles y circunstancias de la insurrección llamada del 31 de mayo. — Prisión de veintinueve representantes girondinos. — Carácter y resultados políticos de esta jornada. — Ojeada sobre la marcha de la revolución. — Juicio sobre los girondinos.

Las noticias de los desastres de la Vendée, concuiriendo con las llegadas del Norte, que anunciaban los reveses de Dampierre, con las procedentes del Mediodía, por las cuales se aseguraba que los españoles amenazaban los Pirineos, y con todos los datos recibidos de diversas provincias, donde se manifestaban las disposiciones menos favorables, produjeron la mayor eferescencia. Varios departamentos inmediatos á la Vendée, al tener conocimiento del triunfo de los insurgentes, se creyeron autorizados para enviar tropas para combatirlos: el departamento del Herault proporcionó seis millones y seis mil hombres, y envió después un manifiesto al pueblo de París, para invitarle á que hiciese otro tanto. La Convención, estimulando aquel entusiasmo, aprobó la conducta del departamento del Herault, autorizando con esto á todos los ayuntamientos de Francia para ejercer actos de soberanía, reuniendo hombres y dinero.

El Ayuntamiento de París no se quedó atrás: pretendía que al pueblo parisiense era á quien tocaba salvar á Francia, y apresuróse á dar pruebas de su celo y hacer uso de su autoridad, organizando un ejército. Decretó, pues, que en vista de haber aprobado solemnemente la Convención la conducta del departamento del Herault, se organizaría en el recinto de París un ejército de doce mil hombres para marchar contra la Vendée. Siguiendo el ejemplo de la Convención, el Ayuntamiento eligió en el consejo general varios comisarios para acompañar á estas fuerzas. Los doce mil hombres debían ser elegidos en las compañías de las secciones armadas, tomándose catorce individuos de los ciento veintiséis de que constaba cada una de aquéllas. Según la costumbre revolucionaria, conferíase á cada comité de sección una especie de autoridad dictatorial para designar los hombres cuya marcha ofrecía menos inconvenientes. «En su consecuencia, decía el acuerdo del Ayuntamiento, todos los empleados solteros de las oficinas de París, excepto los jefes y oficiales, los pasantes de notarios y abogados, los dependientes de banqueros y de comerciantes, los mancebos de tiendas y escribientes, etc., podrán ser requeridos con arreglo á la siguiente proporción: de dos, uno; de tres, dos; de cuatro, dos; de cinco, tres; de seis, tres; de siete, cuatro; de ocho, cuatro; y así sucesivamente.

TOMO V

Los empleados de las oficinas á quienes correspondiese marchar, conservarán su destino y la tercera parte del sueldo y ninguno podrá negarse al requerimiento. Los ciudadanos que deban prestar el servicio manifestarán al comité de su sección lo que necesitan para su equipo, y se les facilitará inmediatamente, debiendo reunirse acto continuo á fin de nombrar los oficiales y ponerse á sus órdenes.»

Pero no consistía todo en levantar un ejército y organizarle tan violentamente; era preciso atender á los gastos de su mantenimiento, y para esto se acordó dirigirse á los ricos. Decíase que éstos no querían hacer nada para la defensa del país y de la revolución; que vivían en una feliz ociosidad, dejando al pueblo el cuidado de verter su sangre por la patria; y que era preciso obligarles á contribuir, por lo menos con sus riquezas, á la salvación común. Para esto se imaginó un empréstito forzoso, que debían llenar los ciudadanos de París en proporción á sus rentas. Desde la de mil francos hasta la de cincuenta mil, satisfacerían una suma proporcional que podrían variar desde treinta francos á veinte mil; todos aquellos cuya renta excediese de cincuenta mil se reservarían treinta mil, cediendo todo lo demás. Los muebles y bienes de los que no satisficiesen tan patriótica contribución quedarían embargados para venderse según los requiriesen los comités revolucionarios, considerándose á los dueños como sospechosos.

Semejantes medidas, que alcanzaban á todas las clases, aplicándose á unas personas para obligarlas á empuñar las armas, y á las otras para contribuir con sus fortunas, debían encontrar forzosamente una enérgica resistencia en las secciones, pues ya hemos visto que estaban divididas y que eran más ó menos tumultuosas según la proporción en que figuraba el pueblo bajo. En algunas, y particularmente en las de los Trescientos, de los Gravilliers y de la Alhóndiga, declaróse que no se marcharía mientras hubiese en París confederados y tropas asalariadas, las cuales servían, según dijeron, de *guardias de corps* de la Convención. Estas secciones se oponían por espíritu de jacobinismo; pero otras muchas se resistieron por una causa contraria. La multitud de pasantes, empleados y mancebos de tienda se pre-